

UN ARCHIVO QUE PONE EN ESCENA A LAS PUTAS ANTIFASCISTAS OLVIDADAS

Sobre Dalena Matteo. *Un archivo que pone en escena a las putas antifascistas olvidadas*. Rosario: Le Pecore Nere, 2019, 136 pp.

Cristian Molina
Instituto de Estudios Críticos en Humanidades
Universidad Nacional de Rosario
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Centro de Estudios de Otras Literaturas

Esta reseña es otra confesión familiar escandalosa —o criminal. Porque hay un momento en el libro *Putas Antifascistas* de Matteo Dalena, que me interpeló proyectiva y empáticamente. Se trata de la historia de Paolina D’Alfonsi que, una noche, mientras miraba una película en un cine italiano de la era fascista, cuando aparece la imagen del Duce, pide un aplauso para quien les da de comer haciendo el gesto de una *fellatio* frente a todos los asistentes. Entonces, una de sus colegas, la Fochetti, se enoja y arremete contra ella con virulencia. Las dos son expulsadas del cine de inmediato, pero al regresar a buscar a una amiga, Paolina es detenida, no solo por la impertinencia del chiste contra Mussolini, sino porque, asegura, la Fochetti “ha querido así vengarse por haber hecho arrestar un mes atrás a su amante Brecciaroli Guido”.

El dispositivo de vigilancia y control de la disidencia política del fascismo, ante un mínimo gesto que pueda interpretarse como contrario al régimen, actúa mediante la delación en todos los espacios públicos, incluso en un cine, fuera del prostíbulo donde Paolina trabajaba bajo una estricta reglamentación, también fascista, y se evidencia en ese arrebato

y vendetta a los que las iguales están expuestas y del cual hacen uso. Una disputa entre dos putas en un cine culmina, así, en la clasificación de una de ellas como sujeto peligroso para el régimen de Mussolini, con la consecuente expulsión por la diferencia política como cuerpo subversivo. Del chiste a la pelea, solo media la delación y el accionar policial para que una vida devenga peligrosa y quede sometida a un régimen social de exclusión.

Fue algo similar a lo que hace no más de ocho años le pasó a mi hermana Gabriela en un puticlub de General Roca, provincia de Córdoba, donde trabajaba por elección. La puta de la familia era, desde hacía mucho tiempo, clasificada por el chisme microfascista de la familia, como la loca, conflictiva, la que ponía en vilo cualquier tranquilidad en la “aparente” normalidad. Esa noche, mi hermana vio su cuerpo rociado con alcohol y prendido fuego por la vendetta de una compañera debido a una disputa que involucró a agentes policiales y clientes, amantes y una larga cadena de resentimientos. Desde entonces, Gabriela, la puta loca de la casa desató un escándalo y una acometida familiar de arengas, enojos y peleas, porque era su cuerpo el que había puesto en evidencia para el resto de la mini ciudad de Leones que la familia normal tenía una puta de integrante. No era necesario el Duce ni Mussolini para que el cuerpo fuera rotulado, clasificado y hasta menospreciado. Poco después, mi hermana, en una crisis psicológica aguda denunciaría a mi padre por un abuso infantil, que nadie le creyó porque era la puta loca, metida siempre en quilombos, a la que no se le podía creer nada. Tampoco le creyeron ni los policías ni en la familia normal cuando denunció el abuso que uno de sus hijos había padecido en un cruce de paso a nivel de Leones, porque cómo iba a ser verdad su palabra, la de ese cuerpo problemático que había sido ya quemado. El único que trató de comprenderla, el que se acercó a oír su verdad, el que

le dijo, te creo, las dos veces, el que la acompañó en la denuncia, fue el otro anormal, el puto, con quien entabló desde entonces, la relación más estrecha de la familia extendida de su padre. A mi padre no lo denunció nunca Gabriela, lo único que le preocupaba, según ella, era que hubiera repetido lo mismo con nosotrxs. Eso no había sucedido, al menos no el abuso sexual, pero sí el abuso psicológico y violento que aún hoy nos atraviesa como un fantasma infernal. Pero él era un varón normal; al fin de cuentas, no hacía sino cumplir con el mandato microfascista del machismo extremo y cisheterosexista.

Si traigo a colación esta historia del presente es porque entiendo que la potencia del libro de Matteo Dalena radica, justamente, en que el fascismo desatado contra las putas en la década del treinta en adelante en Italia, está lejos de haber terminado con la caída de Mussolini. Si los regímenes totalitarios canalizaron algo fueron sentimientos atávicos civiles, representaron esas subjetividades, al tiempo que terminaron de darle una posibilidad de vida real, basada en los valores tradicionales y estereotipados de una familia común, blanca, y adherente al régimen como única forma de vida aceptada: la gran *famiglia* italiana. Tales sentimientos atávicos de comunidad común sin diferencias, siguen operando transtemporalmente bajo la forma de un microfascismo que aún reaparece en nuestro presente. Y en este sentido, el libro *Putas antifascistas* pone en evidencia diversos mecanismos que actúan bajo formas mínimas y sutiles aún en los debates contemporáneos no sólo sobre el trabajo sexual, sino también cuando los géneros y las identidades sexo afectivas o las formas de vida cuestionan los modelos únicos y disputan representatividad política. En este sentido, la traducción y edición por Le Pecore Nere es una intervención concreta en

una serie de debates que van desde la legalización del trabajo sexual hasta las reivindicaciones de género actuales.

Lo que permite la emergencia de estos debates es un método entre la narración y el ensayo histórico que no generaliza, sino que parte de los archivos que traen vidas mínimas, relegadas del centro, para visibilizar cómo actuaron los mecanismos del tiempo histórico en cada caso singular. No se trata de la supervivencia de las luciérnagas en el sentido que Didi-Huberman piensa a los cuerpos que siguen con su vida lejos de las grandes luces del fascismo, gozosos y apartados de lo mundano, a partir de la lectura de un poema de Passolini, sino del encuentro en los archivos policiales de unas luciérnagas quemadas y desaparecidas por sus fastuosas luces. Luciérnagas que son cuerpos rebeldes, jocosos y que generaron interrupciones escandalosas en ese mundo cegado por tanto discurso iluminador. Es otra historia, la de, como plantea Matteo, “Vidas olvidadas, sospechosas, constantemente ‘observadas’, sujetas a traslados forzados, sometidas a las normas de la seguridad pública. Y luego, violencia, cárcel, manicomio” (46). Puesto que “hay vidas que aparecen en el escenario de la historia solamente por el rastro del archivo y el orden. (Por ejemplo,) La historia de Francesca Staglianò, puta antifascista nacida en Satriano en 1906 y residente en Soverato, “de mala conducta moral porque se dedica a la prostitución clandestina”, se reducirá a la condena de “diez liras de enmienda por ofender al jefe de Gobierno”. Será la muerte, acaecida en Soverato el 29 de septiembre de 1929 con solo 23 años, quien le dará la mano y la devolverá, a pesar del comisario de Catanzaro, al anonimato de la historia” (87).

Seres anónimos, vidas mínimas, que quedaron en los archivos del fascismo como disidentes, antifascistas, anarquistas, subversivos, “personas de mala vida”, socialistas, comunistas y putas. Esos rastros apenas nombrados en el

anonimato es el que le permite a Dalena reconstruir no solo algunas -porque no todas dejan huellas- historias de las putas antifascistas, que generalmente insultan o manifiestan su descontento con el régimen en público y son denunciadas, sino cómo resistieron, incomodaron y fueron sometidas a vigilancia, encarcelamiento o muerte por el fascismo.

Hay diversos mecanismos que activan la persecución del régimen. El primero es el control sanitario extremo, puesto que se consideran cuerpos que contagian enfermedades venéreas, como la sífilis, que ponen en peligro a la familia nacional italiana. Y de la sífilis a la locura, hay menos de una oración. El primer mecanismo es patologizarlas: son sifilíticas que contagian o se resisten a los controles, o son paranoicas y esquizofrénicas que deliran puesto que se han vuelto locas que no pueden integrarse a una vida en común. De ahí que su lugar sea el hospicio o el manicomio, alejadas de los prostíbulos oficiales y reglamentados, así como de una vida callejera. El segundo mecanismo consiste en el sometimiento a un sistema de control extremo. Cuando trabajan en el prostíbulo deben cumplir estrictamente con las reglamentaciones sanitarias, pero también políticas: tienen que permanecer ocultas, no las pueden ver ejerciendo su oficio, ni asomarse a las ventanas, tampoco pueden circular por los pasillos ni, mucho menos, hablar de política, aún dentro de su espacio de trabajo. Hablar de política es un delito capital. Eso mientras no son calificadas ni rotuladas, porque si, como todas las putas del libro son nominadas de antifascistas, se instituye de inmediato la vigilancia, los informes y seguimientos detallados por los agentes de control fascista, ya que ingresan en el registro de disidentes políticas. ¡Y las paranoicas eran ellas!

Este mecanismo no deja de estar engarzado a otro. El del perdón divino del Duce, el del indulto que las puede sacar, luego de demostrar buena conducta, del listado de la vigilancia.

Una vigilancia que es social. Como señala Annunziata Manganelli, “en la calle soy objeto de la mirada de todos, de aquellos que las horas nocturnas me ven sola, y no saben que voy a ganarme el pan con un oficio honesto”. Esas palabras son parte de una de las cartas que las putas antifascistas le escriben al Duce-Dios para que les otorgue la gracia. Cada una adopta estrategias diferentes, pero entre la vigilancia y el pedido, los resultados no siempre son iguales. Y hasta vuelven a aparecer los gestos rebeldes, disonantes, como el de Palmira Borio, que luego de solicitarle al Duce que la indulte, y sin respuesta, mientras viaja en un tranvía de Roma, critica con fuerza la tela nacional como una porquería y un robo. Aunque vuelven a denunciarla, desaparece hasta prácticamente perderle el rostro, rebelde y sinuosa. En marzo de 1942 cae el sistema de vigilancia sobre ella, pero el 13 de julio, sin embargo, se anota en el registro: “se comunica que la antifascista en cuestión se encuentra actualmente de vacaciones en Palestina”. Una irreverente, un cuerpo que burla el control y lo resiste a pesar de tener todas las miradas posadas sobre ella.

Por último, se encuentran los estudios del rostro, las fisonomías criminales que siempre constatan la inferioridad de las putas dentro de la ya inferior especie de las mujeres según el régimen. Estas tipologías que describen los rostros que quedan en los archivos, dice Dalena, confirma todos los estereotipos del fascismo sobre la trabajadora sexual: “luego de haber callado a las feministas que luchaban por el derecho de las mujeres a entrar en la esfera pública, la dictadura de Mussolini creó una atmósfera que alentaba a la investigación criminológica destinada a demostrar científicamente la inevitabilidad y la continuidad de las diferencias de género” (69). Así, “las prostitutas son una subespecie de los homosexuales, con hábitos y costumbres masculinos, los cuales influyen correspondientemente además en la estructura

del cuerpo físico”; al que se describe, generalmente como desquiciado hormonalmente y en sus proporciones con el parámetro nacional, donde “prevalecen las mínimas capacidades craneales”, el peso de la mandíbula y las deformaciones de los dientes y, en general, ‘casi todas las anomalías son más frecuentes, y muchas más, en las prostitutas que en las mujeres delincuentes” (65). El cuerpo de las prostitutas y de lxs disidentes sexuales es anómalo, son monstruos predispuestos al crimen. Esta asociación entre trabajo sexual, homosexualidad y crimen es parte de un sensorio de época que, a nivel paneuropeo, tendrá una larga temporalidad en el imaginario, por lo menos hasta los ’60 cuando la homosexualidad deja de considerarse una patología. Pienso, por ejemplo, en la asociación entre crimen, trabajo sexual y homosexualidad que se da en la vida y escritura de Jean Genet, en una temporalidad próxima, en Francia. Graham Robb sostendrá que a medida que avanza el siglo XX, la homosexualidad masculina y femenina será cada vez menos tolerada, al tiempo que en las mujeres, si bien se tenderá a regular y controlar la actividad sexual -incluida la prostitución- el rasgo menos tolerado, que podía conducir a la cárcel o a la muerte, será la infidelidad a su esposo, un beneficio que él podía sostener o practicar con amantes o putas. Las desigualdades sexogénicas, entonces, sin embargo, en el dispositivo fascista, parece decirnos Dalena, no solo se confirman, sino que además acercan a los cuerpos anómalos a la categoría del criminal para regularlos mediante distintos dispositivos. Y fundamentalmente, para trazar un límite claro entre un comportamiento femenino familiar virtuoso y otro vicioso, que roza lo criminal.

Pero, en ese sentido, a pesar de la etiqueta, estas anomalías resultan imprecisas, multiplicadas, inabordables. Pareciera que hay muchas formas de ser antifascistas para las putas detenidas.

Es como si, a pesar de su clasificación, en la particularidad de cada historia recuperada en los archivos, se presentara una singularidad irreductible que hace tambalear el aparato fascista y que solo puede hacerlo efectivo en la repetición del rótulo impuesto que muchas veces parece bastante alejado e impreciso para nombrar a las trabajadoras sexuales acusadas que, incluso, se dirigen en sus misivas con cariño al Duce solicitando su perdón, no sabemos si por estrategia o con autenticidad.

En este libro de *Le Pecore Nere*, las putas son clasificadas como subversivas, comunistas, antifascistas, anarquistas, socialistas. El aparato del Estado fascista intenta rotularlas de diversas maneras, pero no produce sino un exceso, un inclasificable frente a esos cuerpos que con su más absoluta carnalidad resisten todos los embates. Las sacan de la vía pública, intentan silenciarlas, las ocultan, las persiguen, las hostigan, las abusan, las mandan al exilio. Ante las putas y los putos (y ante todas las disidencias) el micro y el macrofascismo se activa de un modo u otro y busca desaparecernos, o corrernos de lo que pensamos, o ponernos en el lugar del error o la enfermedad psiquiátrica. Incluso en tiempos y ámbitos en teoría democráticos. Pero nuestras carnes saben de resistencias, de desvíos, de luchas silenciosas y vuelven a salir a la luz pública, tarde o temprano, con todo ese mecanismo represivo exhibido y desbaratado. Nunca pasaron. Lo saben Georgina, Giovannina, Sofía, Cunegonda, Florencia, Paolina, La Fochietti, Annunziata, o la anónima Palmira Borio, pero también, ahora, lo sabemos mi hermana Gabriela, la puta loca y lo sé yo, el puto que le cree a esa que inventa cosas. Y no pasarán, porque así como los archivos no se callan y un escritor como Dalena los recupera, ahora, en el presente, nosotrxs tampoco nos callamos más.